

CAPÍTULO NUEVE

Esclavos liberados

Gálatas 3:24 – 4:20

DURANTE su ministerio terrenal Jesús muchas veces se apartó para descansar de la presión constante, propia de la enseñanza y de la obra de sanar enfermos, a fin de reponer sus energías físicas y espirituales. En cierta ocasión, deseando encontrar un poco de tranquilidad, "se fue a la región de Tiro y de Sidón" (Mateo 15:21). Sin embargo, no estaba pensando únicamente en sus propias necesidades. Sus discípulos no habían captado todavía la visión del amor de Dios para con el mundo gentil. En conformidad con la actitud generalmente adoptada por su propio pueblo, los discípulos pensaban que, siendo ellos la raza favorecida, todos los demás estaban excluidos de las ventajas espirituales de las cuales ellos gozaban. Jesús quería exponerlos a una experiencia que disipara esa ilusión y despertara en sus corazones el amor y la simpatía por toda la humanidad.

"Y he aquí una mujer cananea que había salido de aquella región clamaba, diciendo: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio" (Mateo 15:22). Al principio Jesús actuó de una manera tal que los discípulos la consideraron absolutamente correcta. Ignoró a la mujer. Después de todo, pensaban los discípulos, siendo que era una pagana, no podía esperar que el Señor respondiera a su ruego. En consonancia con su herencia racial estaba aparentemente excluida de las ventajas que disfrutaban los judíos.

Pero Jesús no podía ni quería ocultar su misericordiosa preocupación por esa pobre mujer que demostraba tener fe y

esperanza suficientes para perseverar en su pedido. Los discípulos "le rogaron, diciendo: Despídela, pues da voces tras nosotros" (Mateo 15:23). Con dolor y profunda compasión, y sin embargo, deseoso de mostrar a sus discípulos el triste cuadro del nacionalismo egoísta y estrecho que los dominaba, Jesús contestó: "No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mateo 15:24).

Pero la mujer no se desalentó. Había oído acerca del ministerio misericordioso de Jesús y también intuía la preocupación por ella que él no podía ocultar, así que continuó suplicando con más insistencia: "¡Señor, socórreme!" (Mateo 15:25). Jesús reveló el pensamiento no expresado de sus discípulos: "No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos" (Mateo 15:26). Algunos que pretendían ser hijos de Dios, consideraban a los paganos gentiles como perros.

Pero la fe de la mujer estuvo a la altura de las circunstancias. "Sí Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos" (Mateo 15:27). Esta fiel y humilde mujer estaba dispuesta a ser considerada como perro si tan sólo se escuchaba su clamor y se contestaba su petición. Jesús no pudo contener su amor por más tiempo y dijo a la mujer: "Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora" (Mateo 15:28).

"El Salvador está satisfecho. La mujer ha probado su fe en él. Por su trato con ella ha demostrado que aquella que Israel había considerado como paria, no es ya extranjera sino hija en la familia de Dios. Y como hija, es su privilegio participar de los dones del Padre. Cristo le concede ahora lo que le pedía, y concluye la lección para los discípulos..."

"Los mismos factores que separaban de Cristo a los hombres hace mil ochocientos años están actuando hoy. El espíritu que levantó el muro de separación entre judíos y gentiles sigue obrando. El orgullo y el prejuicio han levantado fuertes murellas de separación entre diferentes clases de hombres. Cristo y su misión han sido mal representados, y multitudes se sienten virtualmente apartadas del ministerio del Evangelio. Pero no deben sentirse separadas de Cristo... No hay barreras que el

hombre o Satanás puedan erigir y que la fe no pueda traspasar... "

"Las bendiciones de la salvación son para cada alma. Nada, a no ser su propia elección, puede impedir a algún hombre que llegue a tener parte en la promesa hecha en Cristo por el Evangelio".

"Las castas son algo aborrecible para Dios. El desconoce cuanto tenga ese carácter. A su vista las almas de todos los hombres tienen igual valor... Sin distinción de edad, jerarquía, o privilegio, todos están invitados a venir a él y vivir" (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 367-370).

El apóstol Pablo reiteró este mensaje en la sección de su epístola a los Gálatas que estamos considerando en este capítulo (Gálatas 3:26-4:20).

Todos son uno en Cristo Jesús

Siendo que Cristo murió por los pecados de todo el mundo, ya no estamos bajo la tutela de un "ayo" o "guardián" como estaban los que vivieron antes de la cruz, y todos somos "hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús" (Gálatas 3:26). Los fieles que vivieron antes de la cruz eran hijos de Dios también, pero todavía no habían recibido su herencia. La muerte de Jesús cambió el cuadro. La justificación se puso al alcance de toda la humanidad sin tener que ofrecer un sacrificio por el pecado porque la penalidad del mismo ya estaba pagada. "Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida" (Romanos 5:18). Es decir, para "todos los hombres" que están dispuestos a recibir la justificación que Cristo ha ganado para ellos. El versículo anterior dice: "Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, muchos más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia" (Romanos 5:17; Gálatas 3:29).

"Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis vestidos" (Gálatas 3:27). ¿Qué significa "estar vestidos de Cristo"? El apóstol habló también de "Cristo en voso-

tros, la esperanza de gloria" (Colosenses 1:27). Dijo que *la* presencia de Cristo es el Espíritu Santo morando en el corazón *del* creyente (Romanos 8:9-10; Efesios 3:16-17). Subrayó la enseñanza *de* Jesús de que el creyente recibe el bautismo del Espíritu Santo *en* la experiencia del nuevo nacimiento (Juan 3:5-7). *El* bautismo con agua se administra como evidencia *de la* transformación que ya se realizó en el interior. Todos debemos aceptar por fe la presencia del Espíritu Santo en nuestros corazones a fin de ser hijos de Dios que han recibido el don de la vida eterna sin ninguna estipulación legal, porque el sacrificio por el pecado ya se ha efectuado. Jesús ofreció: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, ...porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros" (Juan 14:16-18).

Es inevitable la unidad espiritual que reina entre aquellos que han recibido a Cristo en sus corazones por medio del Espíritu Santo. Pablo habló de los lazos de amor y compañerismo que la cruz hizo posible: "Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Gálatas 3:28).

El mismo Espíritu Santo que da testimonio de que usted es un hijo de Dios (Romanos 8:16), lo convence de que cualquier persona que ha aceptado a Jesús es también un hijo de Dios. Se desarrolla un vínculo entre los hermanos creyentes que va más allá de los simples intereses comunes y las afinidades culturales. Es un vínculo espiritual originado por la presencia del Espíritu Santo en los corazones de los hermanos y hermanas en Cristo Jesús.

El Espíritu Santo produce una vida santa en las personas, ora como individuos, ora como grupos (Hebreos 2:11). Hay unidad de actitud y perspectiva que se manifiesta en aquellos que están en Cristo. Aman los mismos principios básicos y odian por igual el mal. Se sienten bien unos con otros porque sus reacciones, sus sentimientos, sus motivos y sus ideales son similares (Lucas 8:21).

Entre aquellos que están en Cristo nadie se exalta por encima de otros, pues aceptan su ejemplo de amor y respeto por

los demás (Mateo 20:25-26; 23:8). Ninguno de aquellos que son "uno en Cristo" (Gálatas 3:28) tiene el más mínimo deseo de lograr la supremacía sobre otros por causas raciales. El hecho de que en Cristo "no hay judío ni griego" es la base para el amor y la aceptación de todas las razas. "Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan" (Romanos 10:12).

El apóstol no tenía la intención de eliminar las distinciones de sexo, nacionalidad, raza, o condición social. Su preocupación, que reflejaba la misma que había tenido Jesús, era establecer que la salvación se concede de la misma manera y en el mismo grado a todos los creyentes, sin tomar en cuenta el sexo, la raza o la posición social. No debiéramos involucrarnos, como cristianos, en ningún movimiento político o social que tenga como objetivo establecer una sociedad sin clases. Nuestra misión consiste en convencer a todas las clases que, en términos del don de la gracia salvadora de Cristo, todos tienen igualdad de oportunidades. Es cierto que existen diferencias que no podemos cambiar en este mundo imperfecto. Pero el Evangelio coloca a todas las razas y clases humanas bajo el vínculo del amor, el compañerismo y la unidad, algo que jamás podrá producir un programa social establecido por los hombres.

Hijos y esclavos emancipados

Gálatas 4:1-7 contrasta las relaciones que existieron entre Dios y su pueblo antes de la cruz y las que tuvo con ellos después que Cristo vino. Como en los tiempos del Antiguo Testamento la penalidad por el pecado todavía no se había pagado, los que vivieron con su fe puesta en el Mesías venidero eran semejantes a niños herederos de una gran fortuna, pero que no pueden recibir su herencia sino hasta transcurrido un tiempo bien especificado. Antes de la cruz los creyentes estaban bajo "tutores y curadores" hasta la venida del Mesías (Gálatas 4:2). La expresión "tutores y curadores", así como el "ayo", se refieren a la ley de Dios (Gálatas 3:24-25).

A semejanza de un niño que hereda una gran fortuna normalmente está asesorado por un tutor hasta que alcanza la edad requerida, los creyentes antes de la cruz también fueron guiados e instruidos por la ley moral y la ley ceremonial. Pero una vez que Cristo murió y la justificación, en su sentido legal más completo, estuvo al alcance de todos, la ley moral dejó de condenar a los creyentes antes y después de la cruz. Como ya se explicó en el capítulo anterior, si bien es cierto que a los creyentes del Antiguo Testamento se les perdonaron sus pecados (justificados), su salvación eterna no quedó sellada sino hasta cuando Cristo hubo pagado en la cruz el castigo que ellos merecían. En ese mismo instante la ley ceremonial quedó reemplazada por la realidad del sacrificio de Cristo y su ministerio sumo sacerdotal celestial.

"Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos" (Gálatas 4:4-5). Por eso ya no estamos "bajo los rudimentos del mundo" (Gálatas 4:3). La ley ya no condena a los creyentes, ya no es la revelación suprema del carácter de Dios ni tampoco es el medio más eficaz que Dios tiene para revelarnos nuestros pecados. Sin embargo, la ley permanece como la norma divina de justicia (Romanos 3:31; 7:7; 8:3-4). Pero la vida perfecta de Jesús sobrepuja a la ley como revelación del carácter de Dios y como medio por el cual Dios nos muestra nuestros pecados. Cristo es ahora nuestro "ayo". Somos hijos e hijas de Dios que hemos entrado en posesión de nuestra herencia. Siendo que Cristo ya ha muerto y nosotros lo hemos aceptado por fe, la vida eterna ya ha comenzado para nosotros (1 Juan 5:11-13). "Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo" (Gálatas 4:7).

De una religión falsa a otra igual

Pablo explicó a los cristianos de Galacia que, al aceptar las enseñanzas de los judaizantes, estaban sustituyendo su antigua religión pagana por otro sistema igualmente estéril (Gálatas 4:8-10). Los dioses a los cuales servían antes de aceptar a Cristo no existían. Por lo tanto, estaban bajo la servidumbre del error y la superstición. Y ahora que se volvían a la ley como

medio de salvación, se estaban exponiendo aún más a la misma alienación de Dios que antes habían experimentado.

El apóstol ya había explicado que la ley tuvo una función específica antes de la cruz (Gálatas 3:19-4:7). Pero ésta nunca consistió en justificar a los pecadores ni en proporcionarles salvación. Lo que Pablo decía era esto: "La cruz produjo un cambio en las relaciones de los creyentes con la ley. Pero nunca, en ninguna época, antes ni después de la cruz, sirvió la observancia de la ley como medio para salvar a la humanidad del pecado. La ley señala el pecado y dirige a los pecadores a Cristo como el único Salvador. Si usted se vuelve a la ley como medio para salvarse, está tan perdido como los paganos que sirven a dioses que no existen".

Los "días, los meses, los tiempos y los años" (Gálatas 4:10) se refieren a las fiestas especiales en las cuales se efectuaban sacrificios ceremoniales de animales en el templo (Levítico 23; Números 28). El apóstol no estaba restándole valor al reposo del séptimo día como memorial de la creación. El sábado semanal fue instituido por el Creador mismo al final de la semana de la creación (Génesis 2:1-3; Éxodo 20:8-11). No hay duda de que Jesús instruyó a sus seguidores a que guardaran el sábado hasta el fin de la historia humana (Mateo 24:20). San Pablo mismo observó fielmente el sábado semanal (Hechos 13, 16-18).

El problema era que los gálatas habían aceptado las demandas de los cristianos judíos legalistas que los obligaban a observar la ley ceremonial.

El llamado de Pablo

El apóstol no se conformó con responder a los argumentos de los judaizantes y explicar la verdadera doctrina a los cristianos de Galacia. Fue más allá, les habló a sus corazones. El había abandonado el legalismo judío y dedicado su vida a un ministerio incansable en favor de los gentiles. ¿Cómo era posible que los cristianos de Galacia se volvieran al sistema legalista del cual él mismo había sido libertado? (Gálatas 4:12). Con gran fervor hizo esfuerzos especiales para guiarlos de nuevo a

la experiencia de la justificación y la salvación por la fe en Cristo.

Los cristianos de Galacia habían aprendido a amar al apóstol. Habían ministrado a sus necesidades y lo habían recibido como a un ángel de Dios descendido del cielo (Gálatas 4:13-14). Por eso argumenta con ellos diciendo: "¿Dónde, pues, está esa satisfacción que experimentabais?... ¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo, por deciros la verdad?" (Gálatas 4:15-16). Pablo no alcanzaba a comprender cómo el amor y la devoción tan pronto se habían trocado en resentimiento hacia él y alejamiento de Cristo.

Los verdaderos responsables eran los legalistas que habían engañado a los cristianos gálatas (Gálatas 4:17-18). Sus motivos, en efecto, eran cuestionables. Pablo comprendió que en realidad se estaban sirviendo a sí mismos. Su verdadero propósito no era enseñar la verdad, sino exaltarse a sí mismos y lograr que los gálatas aceptaran sus creencias religiosas y sus prácticas. ¡Cuánto se parecían a algunos miembros de la iglesia de la actualidad! Buscan reconocimiento pretendiendo tener una verdad superior a la de sus hermanos y hermanas. Piensan que si todos aceptaran sus ideas, ninguno se perdería.

"Ninguno llegará a un conocimiento salvador de la verdad mientras confíe en la dirección de la autoridad humana. Como Natanael, necesitamos estudiar la Palabra de Dios por nosotros mismos, y pedir la iluminación del Espíritu Santo. Aquel que vio a Natanael debajo de la higuera, nos verá en el lugar secreto de oración. Los ángeles del mundo de luz están cerca de aquellos que con humildad solicitan la dirección divina" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 114). Nuestra mayor necesidad, como la de los gálatas, es que "Cristo sea formado" en nosotros (Gálatas 4:19). Cuando recibimos el Espíritu Santo en nuestro corazón por la fe, Cristo es formado en nosotros. "Sólo Cristo puede ayudarnos y darnos la victoria. Cristo debe ser completamente todo para nosotros, debe morar en el corazón, su vida debe circular por nosotros como la sangre circula por las venas. Su Espíritu debe ser un poder vitalizador que haga que influyamos sobre otros para que se vuelvan semejantes a Cristo y sean santos" (*Comentario bíblico adventista*, tomo 5, p. 1118).

Resumen

A partir de la cruz los creyentes son hijos de Dios que han entrado en posesión de su herencia. La salvación se obtiene por medio de Cristo, sin ninguna consideración de raza, sexo o posición social. Cuando recibimos a Cristo por la fe en nuestros corazones quedamos libres de la servidumbre del legalismo y el pecado.